

Padre José María Valente Bover S.I

Las Bienaventuranzas

Estos versículos son como el marco en que está encuadrado el Sermón de la montaña. San Mateo, más atento al contenido doctrinal del Sermón que a las circunstancias externas, omite o abrevia algunos pormenores, que conviene recordar.

«Al ver a las muchedumbres»: dos cosas indica San Mateo: que habían afluido grandes muchedumbres, deseosas de oír al Maestro, y que éste momentáneamente se retiró de ellas. Que, como en otras ocasiones, las turbas buscaron luego a Jesús y le hallaron, lo indicará suficientemente el Evangelista. —«Subióse a la montaña»: San Lucas precisa más: «Salió al monte para orar y pasó la noche entera en la oración de Dios» (6, 12). Jesús, por tanto, se retiró de la turba al atardecer. El Sermón tuvo lugar al día siguiente, cuando «se hizo de día». (Lc. 6, 13). «La montaña» de que habla el Evangelista se ha identificado con *Qurn Hattin*, el llamado *Monte de las Bienaventuranzas*. Pero esta identificación ni es muy antigua ni del todo segura. Bastaba para el objeto que se proponía Jesús alguna de las colinas próximas a Cafarnaúm. —«Se le llegaron sus discípulos»: antes del Sermón Jesús eligió los Doce Apóstoles, como refieren San Marcos (3, 13-19) y San Lucas (6, 12-16). San Mateo propondrá la lista de los Doce más tarde con ocasión de la primera misión que les confiará el Maestro. —Los «discípulos» a quienes especialmente se dirige el Maestro no son solamente los Doce, ni solos los discípulos que habitualmente le seguían, sino otros que a tiempos acudían a él para oír sus enseñanzas. El hecho de que el Señor escogió a los Doce entre sus discípulos, indica que otros también le seguían constantemente. Entre ellos estaban José Barsabas el Justo y Matías (Act. 1, 21-23). A los discípulos se asociaron, o se fueron agregando durante el Sermón, otros muchos de la turba, como claramente se colige de lo que al fin del Sermón observa el Evangelista (7, 28). De todos modos, los discípulos formaban el auditorio más próximo y principal, y a ellos especialmente se dirige el Maestro.

«Y desplegando sus labios»: literalmente «y abriendo su boca»: expresión algo enfática, que si no indica solemnidad, anuncia por lo menos la duración del Sermón, significada también por el imperfecto «les enseñaba». A esta duración responde la extensión relativa de la redacción de San Mateo, pero no su extensión absoluta; pues la reproducción del Evangelista es sólo un compendio. Este compendio no es un esquema o sinopsis, sino una selección de las sentencias principales del Maestro, literalmente reproducidas, omitida su explanación o amplificación. No hay que olvidar este carácter de compendio, que tiene el Sermón en el Evangelio escrito, cuando se trata de estudiar su unidad o composición literaria. Si la labor del Evangelista era más bien compendiar, no había de pretender *completar* el Sermón espigando aquí y allá en otros sermones del Maestro.

«Les enseñaba»: el tema fundamental de esta enseñanza es la *justicia del Reino de Dios*, que el divino Maestro propone bajo tres aspectos diferentes. De ahí las tres partes principales del Sermón de la Montaña. Tras un prólogo (5, 3-16), que termina con el enunciado del tema (5, 17-20), declara las *tres propiedades* de la justicia mesiánica: 1) su integridad objetiva y subjetiva (5, 21-48); 2) la rectitud de intención con que ha de practicarse (6, 1-18); 3) su intensidad absorbente (6, 19-34). Siguen, a modo de epílogo, varios avisos más prácticos (7, 1-27).

Para entender de alguna manera el alcance de las Bienaventuranzas son necesarias algunas observaciones. 1) Hay que reaccionar contra la rutina, efecto de haberlas oído tantas veces, para sentir lo asombroso de estas divinas paradojas, que sonarían como estampidos en los oídos de sus primeros oyentes. 2) Hay que tener presente el carácter mesiánico de las Bienaventuranzas, que son como un programa del Reino de Dios. 3) En cada una de las Bienaventuranzas resaltan dos elementos: *a)* una disposición moral, *b)* una recompensa, que es un aspecto del Reino de los cielos. La bienaventuranza se hace consistir en la conexión de la disposición con la recompensa. 4) Atendido el primer elemento, las Bienaventuranzas forman dos series diferentes: *a)* unas, en que la disposición es una situación afflictiva (pobreza, lágrimas, hambre, persecución); *b)* otras, en que es una disposición moral o virtuosa (mansedumbre, misericordia, pureza, amor de la paz). 5) Las situaciones afflictivas, por ejemplo, la pobreza, no deben entenderse en sentido puramente material ni en sentido exclusivamente espiritual, es decir, ni de la sola situación externa ni de la sola disposición interna, sino de la combinación de ambas: de una pobreza efectiva, pero acompañada del desapego de los bienes terrenos, o de una pobreza espiritual, pero sinceramente dispuesta a desprenderse de ellos. La sola pobreza efectiva carece de suyo de valor moral, y la sola pobreza espiritual fácilmente es ilusoria.

Las Bienaventuranzas, a pesar de su énfasis y relieve, que las hace algo singular e inaudito, no son, con todo, sentencias paradójicas aisladas, sin precedentes y sin derivaciones. Como síntesis de la nueva justicia o perfección moral, son el tema de todo el Sermón, que es, en gran parte, desarrollo de las Bienaventuranzas. Como mesiánicas, es decir, como distintivo de los que por derecho propio son los ciudadanos del reino mesiánico, tienen sus raíces en el Antiguo Testamento, principalmente en los Salmos y en los profetas. Como evangélicas, hallan su repercusión en los escritos apostólicos, en San Pablo señaladamente. Indicar o sugerir brevemente estos múltiples puntos de contacto, será tal vez, más que amplias declaraciones, el mejor comentario de las Bienaventuranzas. Tal es el ideal del «justo bienaventurado»: ideal asombroso de la más alta perfección moral, que jamás se haya propuesto al hombre: es el ideal de la santidad y de la perfección cristiana. El que lo realice suficientemente, será buen cristiano; el que lo realice perfectamente, será cristiano perfecto, será santo. En este ideal tenemos la piedra de toque más fina y más segura para apreciar y valorar, no ya solamente la santidad individual, sino también los diferentes sistemas o escuelas de espiritualidad. Y también para entender debidamente las enseñanzas comunes de la ascética y de la mística. La

esencia de la perfección moral cristiana es la caridad; pero la caridad perfecta es, no la que se derrite en sentimientos regalados, o desfallece en delirios amorosos, o se evapora en requiebros alambicados, o estalla en llamaradas turbulentas, sino la que entraña las ocho Bienaventuranzas, fruto santísimo de la santa cruz de Jesucristo. Y la unión mística en tanto será auténtica o será apócrifa, en cuanto lleve a las Bienaventuranzas o se desvíe de ellas. Serán loables las austeridades y penitencias, la oración y la contemplación, las prácticas de devoción, las funciones litúrgicas, las actividades apostólicas; pero a base siempre de la justicia y santidad ocho veces bienaventurada, enseñada por el divino Maestro.

Otro portento de las Bienaventuranzas es la forma atrayente con que las propone el incomparable Maestro. No son imposiciones autoritarias, ni preceptos amenazadores, ni siquiera consejos: son la oferta de la felicidad, son la revelación del secreto de la felicidad. No dice: «Os mando que os hagáis pobres», sino «Dichosos los pobres». Como quien dice: ¿Buscáis la felicidad? Pues yo os diré dónde la hallaréis. Y se lo dice, no con laboriosas disquisiciones ni con teorías científicas, sino con palabras llanas y diáfanas, asequibles a los niños, aunque inagotables para los sabios. Tan altos pensamientos encarnados en expresiones tan sencillas suenan a divino. Así sólo Dios habla. Sólo el que es el Pensamiento y la Palabra de Dios puede dominar tan soberanamente el pensamiento y la palabra.

Han sido muchos, y muy ruidosos los desaciertos de la crítica racionalista; pero ninguno tal vez más ignominioso que el haber negado o puesto en duda la autenticidad de las Bienaventuranzas. Las Bienaventuranzas son obra auténtica e inconfundible de Jesús, y una de sus obras maestras. Ni entre sus discípulos ni entre sus émulos hubo nadie que, de mil leguas, pudiera haber concebido y expresado esta maravilla moral y religiosa, filosófica y literaria. Conocemos bien a Pedro, a los dos hijos del trueno, a Mateo...: hombres honrados, pero radicalmente incapaces entonces de tan delicada espiritualidad, de tanta elevación moral. ¿Podrá ser el autor algún anónimo escriba, encallecido en la casuística, o algún orgulloso fariseo, legalista aparatoso, o algún saduceo epicúreo y enemigo de los profetas? No son las Bienaventuranzas fruta del tiempo y de la tierra, sino de la eternidad y del cielo.

Se habla mucho del orden nuevo y de la justicia social: claman algunos por la revolución, por la revisión y reversión de las formas políticas y sociales. Pero el orden nuevo, si no se inspira en las Bienaventuranzas, no será sino un nuevo desorden. Y todas las revoluciones serán otros tantos trastornos catastróficos, si no empalman con la gran revolución, la única revolución fecunda, iniciada por el divino Maestro en las Bienaventuranzas. Sólo la justicia, completada y suavizada por la misericordia, podrán llevar el regalado fruto de la paz. Sólo el espíritu de las Bienaventuranzas podrá crear los ángeles de paz, que hoy el mundo necesita. Mientras el estraperlo suplante la pobreza evangélica, mientras la masedumbre no extinga el furor bélico, mientras la limpieza de corazón y las lágrimas no imposibiliten los locos desenfrenos, podrá el mundo cambiar, pero no mejorar. El camino de la

felicidad es único: el enseñado por el Maestro. Es inútil buscar otro.

**(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes,
Barcelona, 1946 pág 102-105 y 117-118)**